

Coda

José Antonio Cotrina



José Antonio Cotrina

Coda

El ciclo de la Luna Roja IV

©Coda, José Antonio Cotrina

©de esta edición de 2019, Gabriella Campbell y José Antonio Cotrina.

©de la cubierta, Libertad Delgado

Todo lo que aquí contiene el texto pertenece a su autor. Si quieres copiarlo, plagiarlo, subirlo a una página de enlaces: piensa que esto tiene derechos de autor, que alguien ha invertido horas de esfuerzo y dedicación. Si te gusta, compra o recomienda. La cultura es libre, pero los escritores tenemos hambre.

Este también es para mi hermana.



Aquí termina el imperio de Notting Hill. Empezó con sangre y con sangre acaba. Como todo, pues todo es siempre igual.

*El Napoleón de Notting Hill*, Gilbert K. Chesterton





# Introducción

“Era la víspera de Todos los Santos, la última noche de octubre, y una luna llena inmensa flotaba pálida y alta en el cielo”

Escribí esa frase en el dos mil seis, esas fueron las primeras palabras de *El ciclo de la Luna Roja*, cuando la trilogía no era una trilogía y ni siquiera tenía ese título (*La fábrica de espantos* se llamaba). Escribo este prólogo en dos mil diecinueve. Esos trece años que separan una fecha de la otra se me antojan pocos con todo lo que nos ha pasado a estos libros y a mí durante este tiempo. Al final *La cosecha de Sambein* ni siquiera comenzó con esa frase, a última hora incluí un prólogo y las dos líneas que acabáis de leer fueron el arranque del primer capítulo.

—¿Qué nos espera ahora? —le pregunta Hector a Marina en los últimos compases de *La sombra de la luna*, con la batalla ya terminada, cuando llega al fin la calma y una nueva Rocavarancolia se intuye en el horizonte.

Y ella, que además de vampira es soñadora y por lo tanto tiene atisbos de los futuros probables, responde que los aguardan mil aventuras, que habrá nuevas batallas, que habrá traiciones y peligros que sortear. Le dice que vivirán al límite, inmersos en la maravilla,

en la vorágine... Sí, asegura, tiene muy claro qué los aguarda desde ese instante preciso hasta el fin de los días:

Lo imposible.

El último libro de la trilogía llegó a las librerías en octubre del 2011. “La Luna Roja concluye aquí su ciclo” anunciaba la promo y esa era mi intención. Ya había contado la historia que tenía en mente, no veía motivo para ir más allá. Además es peligroso avanzar mucho en las historias, se corren riesgos, porque, como ya sabéis, al final todos mueren.

Pero Rocavarancolia seguía conmigo. Y con muchos de los lectores que me habían acompañado durante ese viaje. Necesitaban saber más del reino de los monstruos y los portentos. Querían conocer más de su historia, de sus leyendas. Y querían saber, sobre todo, qué pasó después, qué ocurrió con la última cosecha de Denéstor Tul. Me di cuenta de qué yo también quería saberlo. La historia estaba contada, desde luego, pero al otro lado de ese final intuía la simiente de posibles continuaciones y me puse a pensar en ellas; como Marina al final de *La sombra de la luna* comencé a desgarrar posibilidades y estas, poco a poco, se fueron concretando.

Un año después de cerrar la trilogía, el 31 de octubre de 2012, escribí *Cosechar el alba*, el primer relato de Samhein, un regalo para los lectores en esa fecha tan significativa para la saga. En ese cuento teníamos un primer atisbo de lo ocurrido tras el fin de la trilogía. Y no solo eso, planté la semilla del que sería el cuento del 31 de octubre siguiente, *El arte de la guerra*. No me detuve ahí. Comencé a escribir piezas breves, atisbos fugaces del pasado y el presente de Rocavarancolia. Estos relatos estaban escritos expresamente para redes sociales y eran directos, rápidos, sin lirismos excesivos.

Todos esos textos y un cuento nuevo escrito expresamente para la ocasión, *La danza de los muertos*, conformaron el primer volumen de *Cuentos de Rocavarancolia*, que publicó Palabaristas el, cómo no, 31 de octubre del 2014. Y seguí en ello. Rocavarancolia continuaba pulsándome en las yemas de los dedos, me salía al paso cada dos por tres y yo no podía ignorarla. Aquella ciudad me había poseído, su historia maldita y trágica formaba ya parte de la mía. Continué

escribiendo, a veces, simplemente, no puedes evitarlo. El 31 de octubre del 2015 traje consigo un nuevo recopilatorio de cuentos que concluía con otro relato especial de Halloween, *El parlamento velado*. Y el año siguiente hubo un nuevo cuento, casi una novela corta, que llevaba por título *Finales*, un título engañoso ya que mientras lo escribía tenía en mente el siguiente relato: *Comienzos*.

Fue entonces cuando me di cuenta de que lo que tenía entre manos era algo más que una antología de relatos al uso. Era un cuarto libro perfectamente funcional de *El ciclo de la Luna Roja*, un último movimiento inesperado en esa sinfonía delirante que me había llevado tanto tiempo componer. Y ese epílogo, esa coda, es lo que tienes ahora entre manos.

Os diría que aquí acaba todo, porque, os lo juro, esa es mi intención ahora mismo. Pero no os voy a engañar. Me conozco y conozco a esta ciudad imposible y sé que tal vez algún día, quizá con algún 31 de octubre ya en ciernes, de pronto me pregunte qué habrá sido de Rocavarancolia y me asome a mirar. Y luego regrese a contároslo.

Pero no pensemos en lo que nos puede deparar el futuro. El presente es este. Aquí y ahora.

La batalla ha terminado. Hurza y Harex han caído y la última cosecha de Denéstor Tul controla la ciudad. Hay decisiones que tomar, peligros a punto de desvelarse y es posible que no todos los que empiezan esta nueva etapa del viaje lleguen al final.

¿Me acompañáis? La historia está a punto de empezar (otra vez) y no puede hacerlo sin vosotros.

Bienvenidos a Rocavarancolia. Bienvenidos de nuevo.



# Prólogo

Dama Araña vagaba por las estancias recubiertas de tela de la torre sur del castillo. Era raro que alguien visitara aquella parte de la fortaleza, ni la servidumbre se atrevía a acercarse allí, espantada tal vez por el caos y ruina que imperaba en el lugar, y por eso ella no había visto impedimento alguno en reclamarla para sí y convertirla en su hogar. Había comenzado en la última planta, recubriendo de telaraña las paredes, suelo y techo hasta construirse un cálido nido, pero luego, envalentonada, repitió la operación planta a planta y se hizo con la torre entera. En algunos puntos la acumulación de seda era tan tupida que no se veían las paredes, hasta las ventanas estaban ocultas por largos cortinajes de tela y sus huecos, sombríos a aquella hora de la noche, parecían cuencas vacías que observarían indiferentes el paso lento del gran arácnido.

Le costaba moverse. En ocasiones le costaba hasta respirar. Se sentía vieja y tal vez lo fuera. No recordaba bien su edad. Cuando echaba la vista atrás solo encontraba Rocavarancolia, era como si la ciudad al cabo de los años la hubiera impregnado por entero y borrado toda memoria que no tuviera relación con ella. No había nacido allí, de eso estaba segura. Como tantos otros fue arrebatada de

su mundo y arrastrada a través de los vórtices y la magia hasta aquella tierra portentosa y terrible. Ni siquiera recordaba cuál había sido su aspecto original. Sin duda había sido muy diferente al que vestía ahora: una araña desproporcionada y torpe, con las articulaciones hartas de tanto doblarse. A veces, cuando soñaba –lo cual era cada vez menos frecuente– tenía otro cuerpo: más blando, de formas menos agresivas, con menos garras, zarpas y ojos.

Su primer recuerdo era contemplar la Luna Roja el día de su transformación. Esa circunferencia sangrienta, marcada en su ecuador por los excesos de Harex, uno de los fundadores del reino, flotaba en las alturas, altiva y majestuosa. Al sentir su efecto la que pronto se bautizaría a sí misma como dama Araña sintió una sensación disparatada de felicidad, de plenitud, como si por fin hubiera completado un recorrido exigente y llegado a meta. Estaba donde debía estar, era quien debía ser. ¿Cuánto había pasado desde entonces? ¿Un siglo? ¿Dos? El tiempo perdía su sentido y su significado. Además solo se tenía a sí misma para medirlo y, por desgracia, su memoria era cada vez más engañosa, como si el olvido que trae aparejado la muerte ya le estuviera haciendo mella. Por eso caminaba cada vez con más frecuencia por aquellos pasillos y salas, aquel lugar no era solo su casa, era el depositario de sus recuerdos.

Estaban por todas partes, adheridos a la telaraña que cubría las paredes y, en ocasiones, colgando del techo envueltos en capullos leves de seda; algunos, los más frágiles, estaban cubiertos además por una fina capa de saliva para protegerlos del deterioro. El tramo del pasillo por el que caminaba lo había dedicado a Su Majestad Sardaurlar, el penúltimo rey de Rocavarancolia. Dama Araña se detuvo ante varias plumas negras de gran tamaño, dispuestas alrededor de un retrato deslucido de Sardaurlar que mostraba un rostro afilado, de ojos sombríos y labios carnosos; el artista que había pintado el cuadro había añadido un pequeño texto en la zona inferior del lienzo “Temedme, soy supremo”, decía. Las plumas que rodeaban el cuadro habían pertenecido al halcón gigante del rey, el mismo que Sardaurlar montó en tantas batallas, el mismo en el que voló hacia la última, treinta años atrás, la que le costó la vida, la que

supuso el final del reino, cuando varios mundos esclavizados por Rocavarancolia se aliaron para atacar la ciudad a traición. Completaban la colección de recuerdos del rey un guantelete negro, una daga de plata y varios edictos redactados por el propio monarca, dos de ellos eran declaraciones de guerra a otros mundos. Sardaur-lar había sido uno de los grandes reyes conquistadores de Rocavarancolia; bajo su mandato el reino se expandió más que nunca, y muchos aseguraban que ese fue su mayor error. Al conquistar tanto territorio no le quedó más remedio que dispersar sus fuerzas para consolidar sus dominios y eso, unido a las largas campañas de conquista en que se embarcaba, terminó debilitándolo.

Un movimiento súbito de aire a su espalda la hizo volverse hacia la ventana que tenía detrás. Lo que un principio tomó por la oscuridad de la noche se abrió en canal y dama Sedalar, con su báculo, su chistera y su reloj vivo al hombro, salió del vientre de una de sus ónyces.

—Deberíamos cambiarte de nombre, Araña —le dijo la joven ya en el pasillo y mirando alrededor—. Resultaría más apropiado llamarte dama Urraca.

El arácnido soltó el cloqueo que era su risa, un campanilleo oscuro.

—Son muchos años ya de vagar por Rocavarancolia, niña sombra —dijo—. Tiempo más que suficiente para conseguir un par de recuerdos.

—¿Un par? —Dama Sedalar contempló el pasillo—. Este sitio parece un museo.

Dama Araña sonrió complacida.

—Lo es, lo es —dijo—. No era mi intención, pero en esta ciudad intención y consecuencia rara vez van de la mano. Todo se magnifica, crece. Nuestros deseos se desbordan y se convierten en otra cosa.

—Dama Filósofa.

—Dama Boba más bien —dijo la araña y le hizo una reverencia un tanto torpe, un tanto ridícula—. ¿A qué debo el honor de tu visita?

—A la simple curiosidad —contestó la bruja. Llevaba el rostro tiznado con espirales de ceniza y una campanilla rota le colgaba del pelo—. Mis ónyces me han hablado de este lugar y quería verlo por mí misma.

—Oh —dijo dama Araña. Le incomodaba la idea de que las sombras de la muchacha deambularan a su antojo por lo que consideraba su casa. Pero poco podía hacer para evitarlo. Prohibirles la entrada sería como prohibir la entrada al aire.

La bruja se acercó hacia uno de los objetos expuestos en la pared, su forma apenas se distinguía de tan envuelto como estaba en capas de telaraña. Parecía un plato roto, estaba cubierto de grietas y tenía tres orificios, dos en la parte superior y uno abajo, los tres horizontales y alargados, como cuchilladas.

—¿Qué es esto? —quiso saber—. Es horrible. Me gusta.

—La máscara de Asmodeo —contestó dama Araña—. Fue el rey anterior a Sardaurilar y el segundo al que serví. No fue un buen rey, no, no lo fue. Hasta yo fui capaz de verlo. Era una criatura temerosa y pusilánime, más preocupada por las intrigas de la corte que por fortalecer el reino. En las reuniones del Consejo llevaba puesta siempre esa máscara para que nadie pudiera leer la expresión de su rostro. Alguien lo mató. No recuerdo quién. ¿Esmael ya era el Señor de los Asesinos por aquel entonces? Quizá, tal vez. Todo se me mezcla en la memoria, todo, reyes y asesinos, monstruos y héroes, traidores y mártires... Cuesta distinguir unos de otros.

Dama Sedalar curioseó un rato por el pasillo, iba de aquí para allá, deteniéndose de cuando en cuando ante un objeto que llamara su atención. A veces preguntaba por él, otras veces no.

—¿Todo lo que tienes aquí está relacionado con reyes? —preguntó.

Dama Araña asintió.

—Así es —contestó—. He conseguido una buena colección, sí, sí, y me ha costado lo mío reunirlos. Algunas piezas cuentan además con gran valor. Como esta, por ejemplo —le señaló un busto de mármol de un realismo impresionante. Era una cabeza de trasgo que portaba una corona diminuta. La expresión de su rostro era de



una severidad temible—. Es la única representación que existe del rey Castel, el destructor de mundos. Qué terrible fue su legado, qué oscura su leyenda... Destruyó un planeta entero, Mascarada, un mundo que consiguió poner en jaque al reino. Utilizó la Negrura, el hechizo más atroz que se co... —Guardó silencio. Dama Sedalar no la escuchaba. Su atención estaba puesta en el brazo de pasillo que giraba hacia la derecha. Dama araña sonrió—. Esa es la galería de los demiurgos —dijo.

La bruja se adentró en el pasillo, con los ojos muy abiertos.

Allí estaban expuestas varias de las criaturas a las que Denéstor Tul había dado vida: un cuervo de trapo y cerámica, un catalejo alado, una mariposa de papel y seda, un insecto extraño de madera de cuya espalda surgían alas acanaladas, una cometa, un libro... Dama Sedalar se detuvo ante la pieza que había llamado su atención: el cuervo. Extendió una mano hacia él, como si pretendiera acariciarlo, no llegó a hacerlo por milímetros. Dama Araña se preguntó en qué estaría pensando. Y como si la bruja le leyera la mente, contestó:

—Los cuervos de Denéstor nos cosecharon. Vinieron a la Tierra y nos arrastraron hasta aquí.

—Erais la última esperanza del reino. Rocavarancolia se moría y necesitaba sangre joven para fortalecerse y medrar de nuevo.

—Sangre que no dudaba en derramar —dijo la bruja.

—Eran otros tiempos. Tiempos más crueles. La sangre debía ponerse a prueba. Solo los dignos debían sobrevivir.

—Alex era digno. Y Rachel y Ricardo y Marco. No debieron morir. Ni Lizbeth, ni Darío. Ni Sedalar.

—La muerte rara vez suele ser justa.

La bruja negó con la cabeza, se alejó del cuervo y se dedicó a examinar el pasillo. Allí no solo había piezas creadas por Denéstor Tul, en los últimos tiempos dama Araña había conseguido una notoria muestra de obras de otros demiurgos. Le mostró el águila de huesos y cañas obra de Sorkana Fel, uno de los mejores demiurgos que había tenido Rocavarancolia; el águila en cuestión había sido capaz de escupir llamas y ácido y, por lo que se contaba, había llegado a formar parte del ejército de dragones del reino. También le

enseñó un pequeño ser metálico, con aspecto de calamar de plata, un ingenio creado por otro demiurgo afamado, Jerineo Aras, y que, al parecer, había podido dar vida a pequeñas criaturas hechas de tuercas, tornillos y clavos que, a su vez, podían crear criaturas aún más pequeñas que ellas.

—¿Tienes algo de Sedalar Tul? —preguntó la joven.

—No es aquí donde guardo los recuerdos de la última cosecha de Denéstor Tul —contestó el enorme arácnido—. Están en la planta de abajo. ¿Te apetece verlos?

—No lo sé —dijo la joven.

A pesar de sus dudas, se encaminaron hacia allí. Primero la araña, después la bruja. Las antorchas de fuego perpetuo arrojaban sombras neblinosas contra las capas y capas superpuestas de tela, pero había otras sombras bien diferentes con ellas, sombras rápidas y vivas que se desplazaban casi siempre fuera de su vista. Dama Araña las ignoró y comenzó a bajar las escaleras, renqueante. En los largos cortinajes de telaraña que cubrían la pared se agolpaban algunos recuerdos de las últimas cosechas de Denéstor Tul. Todas, a excepción de la última, la que trajo a dama Sedalar a Rocavarancolia, habían terminado en tragedia. Cada objeto en aquella pared, cada pieza, representaba una vida truncada, una derrota: la cabeza de una muñeca, un avión de juguete, una zapatilla de bailarina, un pañuelo, una manta raída, una espada de madera... Dama Sedalar, tras la araña, contemplaba entristecida las reliquias que le salían al paso. No necesitó preguntar qué era todo aquello, lo sabía muy bien. Rocavarancolia se cimentaba sobre la muerte y el dolor, tanto propios como ajenos.

La planta baja también estaba cubierta de telarañas y el desorden era todavía mayor que en la de arriba. Había muebles destrozados por el suelo, una puerta sacada de sitio y partida en dos y cascotes por todas partes.

La bruja avanzó por el pasillo, un poco indecisa, un poco temerosa. Lo primero que vio fue el retal de un pijama de nubes y ositos, el pijama con el que Adrián llegó a Rocavarancolia. Muy cerca del pedazo de pijama había una espada, era de empuñadura verde y

hoja negra y dama Sedalar no fue capaz de reconocerla. ¿Había sido de Marco? ¿De Ricardo? No lo recordaba y no se vio con ánimo de preguntarle a dama Araña y desvelar así aquella laguna en su memoria. Lo que reconoció de inmediato fueron varios talismanes del torreón Margalar, ¿cómo no iba a hacerlo? Había perdido la cuenta de las veces que los había cargado de energía. También había pergaminos y varios grimorios, uno de ellos estaba abierto y en sus páginas se veían un sinfín de anotaciones escritas con la letra diminuta y apretada de Sedalar Tul. Junto al libro había varias creaciones del que, por el momento, era el último demiurgo de Rocavarancolia: un hombrecillo mal tallado, un escarabajo de madera, un barco de papel... El reloj vivo saltó de su hombro al ala de su chistera y cabeceó arriba y abajo mientras contemplaba a sus hermanos inertes.

Permaneció unos minutos parada allí, perdida en la melancolía. Todavía se sentía culpable por la forma en que había tratado al demiurgo cuando este le confesó sus sentimientos. Fue cruel. Intentó hacerle daño y vaya si lo consiguió. Durante un tiempo se preguntó si de haber acabado todo de distinta forma habría llegado algún día a corresponder a los sentimientos de Sedalar. Dejó de preguntárselo cuando se percató del pequeño detalle de que se había puesto su nombre en su honor. ¿Qué más respuesta necesitaba?

Respiró hondo y continuó avanzando.

El siguiente objeto en la telaraña era una gargantilla con una piedra roja engastada. Dama Sedalar sintió que el aire la faltaba. No esperaba encontrar eso ahí. Se giró hacia dama Araña:

—¿Es la misma? —preguntó— ¿Es la misma que se puso Lizbeth en el palacete?

Dama Araña asintió, sus ojos se veían enormes y tristes tras los monóculos.

—¿Dónde la encontraste? —quiso saber la bruja. Las ónyces se habían contagiado de su desasosiego y ardían en la periferia de su visión como un incendio de llamas negras—. Intentamos quitársela, pero no pudimos hacerlo. Y luego su cuerpo la absorbió. Pensamos que se había fundido con ella o algo así.

—No debió hacerlo o, si lo hizo, volvió a su estado original cuando vuestra amiga murió —contestó dama Araña—. La encontré en la entrada del castillo, entre cascotes y ruinas —le explicó—. Cerca de lo que... quedaba de ella.

—Luego volvió —dijo dama Sedalar. Le brillaban los ojos de una manera extraña, casi febril—. Volvieron todos de entre los muertos —se corrigió al momento—: casi todos. Sin ellos, sin su ayuda, Harex y Hurza habrían vencido y nosotras no estaríamos hablando ahora.

Los recuerdos de aquella tarde en el palacete la asaltaron de manera violenta. Recordó la música, recordó el baile, recordó haberse sentido hermosa por primera vez en mucho tiempo... Aquella tarde bajaron la guardia y pagaron un alto precio. Aquella tarde pensaron que, por unos instantes, podían jugar a ser niños en la ciudad de los monstruos y Rocavarancolia decidió que era buen momento para partirlles el alma. Lizbeth, sin saber lo que se avecinaba, se puso esa gargantilla en la pista de baile y la magia de la joya aceleró su transformación. El proceso enloqueció a la joven que, rabiosa, atacó a quien tenía más cerca, a Rachel, su mejor amiga. La mató de un solo golpe.

Apartó la mirada del colgante. El siguiente tramo de pasillo estaba repleto de pedazos de estatuas y trozos de gárgolas: el ejército al que Hurza dio vida para que masacrara a los habitantes de Rocavarancolia. Mezclados con sus restos había un sinfín de armas, piezas de armadura y huesos, la bruja supuso que estos últimos habían pertenecido al ejército esquelético que Sedalar Tul hizo emerger de la cicatriz de Arax para enfrentarse a Hurza y los suyos.

—La batalla —susurró y dama Araña bamboleó su cabeza en un gesto de asentimiento.

—La batalla —confirmó.

Solo en Rocavarancolia podía tener lugar una contienda como aquella. Hurza y sus estatuas y su ejército de muertos y fantasmas; ellos y las tropas de hueso de Sedalar Tul, los resucitados de dama Sueño y sus propias sombras. Dama Araña había construido un mosaico violento con restos de los combatientes, un caos de hueso,

roca y acero que se extendía pasillo adelante. Dama Sedalar echó a andar por él. Sus sombras siseaban a su espalda. Vio una quijada de dragón que se amoldaba perfectamente a la curva del techo, vio zarpas de hueso entrelazadas, armas herrumbrosas, piezas de armadura, alas, cabezas de gárgola y cráneos humanos; vio flechas y báculos, unos de piedra, unos de madera; vio cascos y escudos, enteros y rotos... El último objeto, justo en el extremo de aquel túnel extravagante, era otra espada. Esta la reconoció al momento. Había pertenecido a Darío y aunque su apariencia era normal y corriente estaba lejos de serlo, se trataba de un arma mágica capaz de encontrar siempre el punto débil del enemigo sin importar la pericia de quien la empuñara. Con ella, Rachel, resucitada por dama Sueño, mató a Hurza en lo alto de Rocavaragálago. Pero más que el arma en sí lo que le llamó la atención fue que la telaraña en la que estaba expuesta parecía más reciente que el resto. Además, la pared bajo la seda, estaba ennegrecida, calcinada, como si hubiera soportado un gran impacto calórico.

—Andras Sula ha estado aquí —dijo dama Sedalar, con tono burlón. Darío había herido de gravedad a Andras Sula con aquella misma espada, al parecer por accidente. El piromante nunca se lo había perdonado. Lo había perseguido y se había enfrentado a él en varias ocasiones. Pero Harex y Hurza le privaron de su venganza. Darío murió en Rocavaragálago.

—Vino por primera vez hace unas semanas —comentó la araña—. Nada más ver la espada intentó destruirla, pero su fuego no fue capaz de desbaratar la magia del arma. O tal vez no le puso demasiado empeño. Como si le bastara el gesto. Tu amigo es una persona peculiar, niña sombra.

—Ni siquiera yo tengo claro si es mi amigo o no. La Luna Roja lo volvió un poco loco. —Sonrió con cierta tristeza—. Como a todos, supongo.

—Vuelve de vez en cuando, aunque no ha vuelto a bajar aquí. Prefiere las plantas de arriba.

Dama Sedalar asintió. El piromante estaba obsesionado con Rocavarancolia. Lo quería saber todo sobre los reyes del pasado, los

monstruos que comandaban y las proezas que habían realizado. Era capaz de pasar horas leyendo los libros de Historia de la biblioteca del castillo o hablando con los antiguos habitantes del reino. La bruja no terminaba de decidir si aquello le parecía bueno o malo. Estaba claro que asimilar el pasado, comprenderlo, era necesario para no volver a cometer los errores que otros cometieron, pero había algo enfermizo en la obsesión de Andras Sula, como si para él los defectos de aquella otra Rocavarancolia no empañaran sus virtudes, como si tuviera nostalgia de unos tiempos en los que no había vivido.

Dama Sedalar miró más allá de donde se encontraba. Aunque en menor número también había telarañas allí, pero todavía no había nada expuesto en ellas. Eran un lienzo a la espera de la pintura que lo cubriera, un libro en blanco que aguardaba paciente una historia que contar. ¿Qué nuevas victorias y derrotas vendrían a adornarlas? ¿Quién se encargaría de narrarlas? ¿Dama Araña? ¿Ella? ¿Algún miembro de la nueva cosecha?

—Da un poco de vértigo, ¿verdad? —le preguntó la arácnida. También tenía la vista perdida en el pasillo que se adentraba más allá—. Pero no temas, niña sombra. Pase lo que pase, Rocavarancolia prevalecerá. Siempre lo hace. Eso es parte de su esencia, de su naturaleza. Da igual a las pruebas que la sometan, da igual lo cerca que parezca estar del abismo. Esta ciudad es indestructible.

—Pero nosotros no —replicó ella. Y eso era lo que le daba miedo. Porque, como dama Araña, también estaba convencida de que, pasara lo que pasara, aquel reino de locos prevalecería siempre. Pero también sabía que, si para lograrlo, tenía que sacrificarlos a todos, lo haría.

Todo comenzaba otra vez. La historia, una nueva historia, se había puesto en marcha en la ciudad de los monstruos y los prodigios. Dama Sedalar lo notaba en los huesos. Era como un viento acerado, rabioso, que saltaba y corría entre las ruinas, feliz de estar libre de nuevo. Y a pesar de lo que pensaba dama Araña, esa nueva historia no había arrancado con la última cosecha de Denéstor Tul, había comenzado con la primera cosecha de Andras Sula, con el

puñado de chicos que el piromante había reclutado en mundos distantes. A sus espaldas quedaban siglos de conquista y terror, de opresión y leyenda oscura, lo que venía ahora era un enigma y, fuera lo que fuera, lo construirían entre todos. Y a pesar de las señales que pudiera haber para el optimismo, dama Sedalar no pensaba confiarse. Porque recordaba muy bien qué sucedía en aquella ciudad con los que se confiaban. Y porque, sí, en efecto, comenzaba una nueva historia.

Pero en Rocavarancolia la historia siempre se escribe con sangre.





# Fragmentos

## Dama Desgarro

Dama Desgarro seguía viviendo en el Panteón Real. Continuaba siendo su custodia, aunque había dejado de ser la comandante de los ejércitos del reino. No le dolió mucho desprenderse de ese título, al contrario: fue un alivio. Esmael tenía razón: no estaba hecha para ocupar aquel cargo, había sido solo el azar lo que la había conducido hasta allí.

La ciudad había cambiado. Hasta el mismo aire era diferente, más fresco y diáfano, menos cargado de amenaza. Dama Desgarro a veces caminaba por esa Rocavarancolia que ya no era suya. Se perdía por sus calles durante horas, marchando sin rumbo por la geografía herida de la ciudad en ruinas. Todo era distinto. La ciudad pertenecía ahora a la última cosecha de Denéstor Tul. Era la Rocavarancolia de Roja, de Andras Sula, de dama Sedalar, de Marina, de Hector... De todos los que estaban por venir. Ella era un retazo del pasado, un eco de tiempos condenados a la extinción y el olvido.

Había sangre nueva en las calles. Nuevas alas, nueva magia, nueva fuerza. Los prodigios regresaban, poco a poco, a la ciudad herida.

—¿Crees que habrá alguna diferencia? —preguntaba a veces la voz de Esmael en su cabeza, tan burlón como cuando estaba vivo—. Da igual lo que hagan, da igual lo que intenten. El alma de esta ciudad es oscura y perversa. Devorará sus buenas intenciones. Las convertirá en nada.

»En cien años serán nosotros. Y Rocavarancolia volverá a abrirse paso a sangre y magia a través de la creación. Espera y verás, vieja. Espera y verás.

Pero dama Desgarro quería creer en ellos. Lo intentaba con todas sus fuerzas. Y en ocasiones hasta lo conseguía. En ocasiones.

## Marina

Marina había dejado de ser Marina. La mató la Luna Roja, la transformó en otra, en una extraña borrosa en los espejos. La sangre se convirtió en su única fe.

—¿Es eso lo que quieres? ¿Que no mate cuando me alimente? ¿Que no termine con la vida de mis presas?

—Es lo que quiero —contestó Hector—. Bueno, y que no las llames presas. Queda muy...

—¿Animal?

—Depredador.

Juró no matar. Se limitaba a cazar en los mundos vinculados. Se colaba de noche en sus casas, buscaba los dormitorios y bebía la sangre de los durmientes. En silencio. Discreta. Luego, satisfecha, regresaba a Rocavarancolia.

En ocasiones visitaba hospitales. Entraba en la habitación de algún moribundo y bebía de él hasta que no quedaba vida en su cuerpo. Luego, saciada de verdad, volvía a casa. No había nada más exquisito que la última sangre de un cuerpo vacío.

No faltaba a su promesa, se decía. Ya estaban muertos, afirmaba para sí. Se limitaba a acelerar las cosas y terminar con su sufrimiento. ¡Debían estarle agradecidos!

La vampira decidió no cambiar de nombre. Se quedó con el que le dieron al nacer. Un nombre de agua, un nombre falso que había dejado de reconocer como propio. No, no se lo cambió. No quería que nadie se enterara de que Marina había dejado de ser Marina.

## El mundo ardía

Con un preciso golpe de ala, Esmael decapitó al dragón de hielo. Después hundió hasta la muñeca su garra derecha en el pecho del jinete, aferró con fuerza su corazón y se lo arrancó.

En Rael, la capital de Almaviva, todo era sangre, fuego y alaridos. Era la última batalla. La carga final.

Y Rocavarancolia iba a vencer.

Esmael estaba en el epicentro de la lucha, en el lugar donde la batalla era más cruenta. No había cuartel ni piedad, solo muerte. La contienda duró horas. Horas implacables, sedientas. El cielo hervía de magia desatada y las mismas nubes parecían sangrar.

Esmael giró en el aire, en busca de más vida que matar. Pero no quedaba nada. Aterrizó entre pilas de cadáveres y dragones que agonizaban. Sonrió al contemplar la carnicería. Poco después llegó dama Fiera, avanzaba entre las llamas y la matanza como una diosa de la destrucción. Los dos ángeles negros se contemplaron, cubiertos de sangre y sudor, las miradas tan incendiadas como la ciudad que ardía tras ellos.

—Te vuelves lento —dijo ella—. Has dejado que te hieran.

Esmael se acarició la herida tremenda que le partía el pecho.

—¿Esto? Solo es un rasguño.

—Algún día un rasguño acabará contigo. —Dama Fiera se acercó hasta él y posó su mano en el tajo abierto, dispuesta a cerrarlo con su magia.

—Algún día quizá —dijo él y le apartó la mano—. Pero hoy no. Hemos vencido, dama Fiera. Almaviva es nuestra. No sé qué pasará mañana, pero hoy tú y yo somos inmortales.

La besó, con la furia de la batalla recorriéndole todavía las venas. Ella respondió a su beso con la fiera de su nombre. Lo empujó contra el cadáver de un dragón, y mordió su boca hasta hacerla sangrar.

Esmael la poseyó entre cadáveres, entre criaturas que agonizaban, entre muerte que una vez estuvo viva.

Mientras el mundo ardía.

## Los muertos de Rocavarancolia

Los muertos de Rocavarancolia hablaban bajo la tierra que los sepultaba. El cementerio siempre era un caos de voces, un griterío constante.

—Morí en la batalla.

—Morí a traición.

—Morí envenenado por la mujer que amaba.

—Morí ahorcado por un crimen que me habría gustado cometer.

Los muertos de Rocavarancolia no descansaban jamás. Su charla era casi siempre insensata, ridícula a veces.

—¡Miradme! ¡Sembré mundos de ruina y fuego! ¡Mi dragón descabezó gigantes! ¡Miradme! ¡Pude ser leyenda y ahora soy poco menos que nada!

En ocasiones veían el futuro. Se convertían en oráculos, augures trastornados. Profetas llenos de gusanos y podredumbre.

Cuando careces de ojos es más fácil ver lo que no está ahí.

## Marion Key

Se llamaba Marion Key y tenía trece años cuando la cosecharon. Amaba la música. Soñaba con ser bailarina y rendir el mundo a sus

pies. La noche de Halloween despertó de madrugada. Junto a su cama había un hombrecito gris fumando en pipa. El humo que exhalaba era esmeralda y fragante. Demasiado fragante.

—Soy Denéstor Tul, demiurgo de Rocavarancolia y custodio de Altabajatorre —le dijo aquel extraño pintoresco—. ¿Querrás venir conmigo? En mi reino necesitamos gente como tú. Gente mágica.

—¿Podré bailar allí? —preguntó ella. Aquello era sin duda un sueño.

—Podrás —contestó Denéstor. La durmió con un sortilegio y se la llevó.

Marion Key soñó que bailaba. Soñó que danzaba como nunca antes había danzado nadie. Bailaba entre mundos, bailaba en el filo de universos, alrededor de lunas y cometas. Sus pies eran pura hechicería, magia desatada.

Cuando despertó, un ser terrible se cernía sobre ella. Todo dientes afilados. Ojos pequeños, malévolos, hambrientos. Y el mundo era dolor.

El monstruo tenía sangre en las fauces. Era de Marion. De sus colmillos colgaban largas hebras de carne. Y esa carne también era suya.

—Bienvenida a Rocavarancolia, niña —dijo Roallen. Su aliento hedía a matanza, carnicería y ruina—. Bienvenida.

Y siguió comiendo.

## Legión de fantasmas

Dama Desgarro y los muertos bajo tierra no eran los únicos habitantes del cementerio. Allí moraba una verdadera legión de fantasmas. Eran cientos, miles. Vagaban entre las tumbas, con los rostros demacrados y las miradas unas veces ausentes y otras rabiosas. Habían estado encerrados durante años en una esmeralda en el castillo, algunos durante siglos. La esmeralda era diminuta, pero contenía una habitación infinita.

Los liberó un espectro como ellos, pero no fue más que un espejismo, falsa libertad. Aquel fantasma, el de una antigua reina, los obligó a servirlo, a obedecerlo. Los convirtió en títeres y los hizo ir a la guerra. Cuando la batalla terminó se encontraron libres y aturdidos, pero algo había cambiado, la magia de aquella noche violenta había prendido una semilla extraña en su interior. Pulsaba dentro de ellos, pequeña y negra.

Después de muchos días de vagar por Rocavarancolia, casi todos acabaron en el cementerio de la ciudad. Como si la muerte llamara a la muerte. La mayoría habitaba desde entonces en el Panteón Real. Deambulaban por sus galerías y salas, paseaban por el bosque que se ocultaba en el corazón del mausoleo... Muchos no olvidaban lo sucedido. No olvidaban el largo encierro ni la batalla en la que los habían obligado a combatir. Y no perdonaban.

Comenzaron a reunirse en cónclaves secretos. Conspiraban contra los vivos, contra los seres de carne y hueso que se enseñoreaban por aquella ciudad rota. Los odiaban. Odiaban el latir necio de sus corazones, su respirar insulso. Cada día que pasaba la semilla oscura que había prendido dentro de ellos pulsaba más y más.

En el cementerio, los fantasmas aguardaban su momento.

Eran cientos.

Miles.

## El viejo demiurgo

El viejo demiurgo subió con paso cansado la escalera que llevaba al almenar de Altabajatorre. Desde allí contempló la ciudad por última vez. La Luna Roja coronaba los cielos, inmensa, con la marca de Harex en su superficie. Rocavarancolia entera revivía con cada Luna Roja. El reino se renovaba con su llegada.

Era tiempo de cambio. Tiempo de despedidas.

—¿Me has mandado llamar? —preguntó una voz a su espalda. Se trataba de Satir, el Señor de los Asesinos de Rocavarancolia.

—Lo he hecho —contestó. Guardó unos instantes de silencio, sin apartar la vista de la luna inmensa que flotaba sobre sus cabezas. A continuación se giró hacia el recién llegado—: Estoy cansado, asesino. Tengo ciento cuarenta años y durante buena parte de ese tiempo no he sido otra cosa que demiurgo. He creado ejércitos y maravillas, he dado vida a engendros indescriptibles. He muerto mil veces con sus muertes. Ha llegado la hora de morir la mía.

—¿Por eso me has llamado? ¿Quieres que te mate?

—Eso quiero. Los demiurgos dan vida, los asesinos la quitan. Es así como funciona el mundo.

—Salta de la torre. El resultado será el mismo y yo no me mancharé las manos con tu sangre.

—Hay que cerrar el círculo —insistió el otro.

El asesino miró también la luna, como si buscara inspiración en ella. Después asintió y con un movimiento rápido y preciso cortó la cabeza al demiurgo. El anciano se desplomó en el almenar.

Satir contempló el cuerpo sin vida de su creador. Extendió sus alas de terciopelo y metal y echó a volar en la noche roja.

## Las estatuas

Las estatuas a las que Hurza dio vida durante la batalla recobraron su naturaleza inerte cuando él murió en Rocavaragálagu. Muchas se hicieron pedazos al caer del cielo. Otras quedaron congeladas en tierra. Piedra muerta de nuevo.

Pero una de ellas sobrevivió. La magia y el azar se aliaron en esa noche improbable para mantenerla con vida después de que Hurza muriera. Era una gárgola pequeña, de roca negra, ojos azules y alas grandes. A veces intentaba despertar a las otras, a las quietas, a las inertes. No entendía su inmovilidad. «¿Por qué me ignoran? —se preguntaba—. ¿Por qué son tan frías?».

Y volaba de tejado en tejado, en busca de una gárgola que le matara la maldita soledad. A veces lloraba lágrimas de piedra.

## Se llamaba Ismael

Se llamaba Ismael y llegó con la primera cosecha de Andras Sulla. Un joven alto, de pelo moreno y ojos oscuros. No tardó en hacerse notar. Siempre sonriente y solícito. Siempre dispuesto a ayudar en lo que pudiera. ¡Tenían un reino que reconstruir!

Un día una joven pelirroja, una de las antiguas cosechadas, de la que se contaba que durante un tiempo había sido una loba, le tendió un espejo roto.

—Busca en tu reflejo —le dijo—, y verás lo que te espera cuando salga la Luna Roja.

Ismael buscó y buscó en la imagen pero no encontró nada.

—A veces no funciona como es debido —dijo ella—. Por suerte o por desgracia es imposible predecirlo todo.

No le importó. Ya lo averiguaría cuando llegara el momento. Ismael era paciente.

Y un asesino.

No había necesitado la Luna Roja para convertirse en monstruo. Simplemente nació así: tocado por la oscuridad y por el credo del asesinato.

Ahogó a su perro al poco de cumplir los diez años. Pensó que sería divertido hacerlo y no se equivocó. Asesinó a su madre al poco de cumplir los doce. La empujó mientras limpiaba las ventanas subida a un banco. Cayó desde un séptimo piso y todo el mundo pensó que había sido un accidente. A los trece mató a un vagabundo; estaba dormido en un colchón y acabó con él de una única patada en la garganta: había leído en un libro como hacerlo. A los catorce asesinó a una anciana que vivía sola y, poco después, quemó un coche con una pareja dentro. Aguardó en las sombras mientras los veía arder y los oía gritar. Fue el día más feliz de su vida.

Nadie sospechó de él. Ese era su don. Nadie sospechaba nunca de él.

Ni siquiera en Rocavarancolia fueron capaces de ver su verdadera naturaleza. Ni siquiera en Rocavarancolia se dieron cuenta de



que Andras Sula había cosechado lo que se habían jurado no tener jamás.

Un nuevo Señor de los Asesinos.

## **En el subsuelo**

Bajo Rocavarancolia habitaba un sinfín de monstruos. Engendros indescriptibles, mutaciones producto de los escapes mágicos. Allí vivían los herederos de los hombres bestia, las criaturas erradas de los genemagos, los muertos pálidos, los espectros de sangre...

Allí moraban vampiros capaces de sorberte el alma con una sola mirada. Allí abajo, en las profundidades, medraba el grito y el espanto. En el subsuelo de Rocavarancolia se ocultaba un segundo reino. El reino de los Verdaderos Monstruos.

Mucho tiempo atrás, en la oscuridad perpetua bajo la ciudad, hubo un rey que se daba en llamar Masacre. Su sueño era conquistar Rocavarancolia. Usar a los monstruos de abajo para destruir a los de arriba.

Su ambición no llegó lejos. Una noche, en mitad de una pesadilla, se devoró a sí mismo.

## **Se llamaba Ariocho**

Se llamaba Ariocho y murió dos siglos atrás. Fue rey de Rocavarancolia, aunque su reinado fue muy corto. Duró exactamente tres minutos. Ariocho era uno de los amantes de Soroga, la reina loca. Y tras una noche de intensa orgía en el salón real, sin darse cuenta, embriagado por el sexo y el alcohol, se sentó en el trono.

El Trono Sagrado, en vez de despedazarlo, lo convirtió en rey. Soroga, incrédula, obligó a otro de los presentes a sentarse en él. No hubo dudas en este caso. El trono lo desmembró en el acto.

—Soy rey —dijo Arioch, atónito.

—Sobre mi cadáver —anunció Soroga.

Y con un gesto hizo lo que el trono no había hecho: Arioch se desvaneció en una explosión de carne, sangre y hueso.

Pero algo quedó de él. Su espíritu, transformado en espectro, permaneció en el salón del trono. El delirio de la muerte lo enloqueció. Comenzó a aullar, desesperado, al mismo tiempo que Soroga, para ocultar su crimen, asesinaba a todos los participantes en la orgía.

El Arioch fantasma fue incapaz de delatarla. Aun a pesar de su locura, sintió la llamada de la habitación infinita y, como tantos otros antes de él, quedó atrapado en ella. Durante más de dos siglos permaneció allí, vagando junto a miles de fantasmas por los espacios inabarcables de esa estancia encantada.

Durante más de dos siglos caminó entre los muertos, sin cesar de repetir una y otra vez:

—Soy rey. Yo, Arioch, soy el rey de Rocavarancolia. ¡Yo soy el rey!

## El asesino

Ismael llegó en la primera cosecha de Andras Sula. Ya era un monstruo en la Tierra. Era un loco, un asesino, un depredador.

Tomó la decisión de no matar a nadie en Rocavarancolia. Todavía no, al menos. A pesar del ansia brutal que le corroía las entrañas.

«Mata —le pedía una voz oscura y sórdida—. Míralos, no son nada. Carne, sangre y huesos. Arráncasela, derrámala, quíébralos. ¡Mata!».

No era el momento. Decidió esperar. Sería paciente. Faltaba por llegar la Luna Roja y eso lo cambiaría todo.

Pero la voz insistía: «Mata, mata. Sácales los ojos, destrózales el cráneo. ¡Mata!».

Para acallarla, comenzó a idear la mejor manera de matar a los habitantes de la ciudad. ¿Cuál era el modo ideal de asesinar a una vampira? ¿Y a un ángel negro? ¿Cómo matar a una bruja cuyo cuerpo se reconstruye una y otra vez? ¿Cómo asesinar a una araña humana?

Investigó hasta dar con la manera de matar a todos los habitantes de Rocavarancolia. En su mente los asesinó miles de veces.

Una noche, poco antes de que saliera la Luna Roja, Ismael tuvo una revelación repentina: Rocavarancolia estaba viva. Aquella tierra en ruinas respiraba magia y exhalaba leyenda. Aquella ciudad devastada tenía alma.

Esa noche Ismael, asombrado, recorrió sus calles casi en trance. Paseó por sus caminos, acarició sus viejos muros. Respiró su aliento. Mientras caminaba se preguntó qué se sentiría al asesinar a una ciudad.

«Averígualo», le susurró la voz venenosa.

Y él sonrió.

## La fuente de poder de un brujo

La fuente de poder de un brujo es su dominio. El dominio de un piromante es, por ejemplo, el fuego. No solo lo controla, también extrae energía de él. El de un demiurgo, en cambio, es la vida; es capaz de insuflarla a la materia inerte a cambio de su propia vitalidad. Esta, con el tiempo, se regenera.

En Rocavarancolia habían existido brujos con los dominios más variados: Ansa Leo dominaba las nubes; dama Esquirla, el hielo; dama Beatriz, su canto; Valerio, la enfermedad y la fiebre; dama Sedalar, sombras vivas; dama Gael, las arañas; Topaz, los cuervos negros...

Pero uno de los casos más curiosos fue el de Soren Canal, el brujo conocido como Rey Cadáver: su dominio era su propia muerte.

Cuando la Luna Roja salió sobre su cosecha, no se produjo ningún cambio reseñable en él más allá de un aumento poco significativo de su fuerza. A veces sucedía. A veces los cambios producidos por la Luna Roja eran mínimos, casi inexistentes. Solo que en este caso no fue así.

Lo averiguó durante la campaña de Bastión, un mundo belicoso en grado sumo que Rocavarancolia quería conquistar y vincular. Sorren era carne de cañón, un miembro más de las tropas. Murió en los compases iniciales de la primera batalla, atravesado por una flecha.

Entonces su poder despertó.

Cuentan que no ha habido jamás brujo ni mago más poderoso. Cuentan que ni siquiera Harex y Hurza habrían podido hacerle sombra. Él solo conquistó Bastión. De regreso a Rocavarancolia, se sentó en el Trono Sagrado y este lo aceptó. Lo coronaron rey.

El Rey Cadáver.

Por desgracia para él, su reinado fue bastante corto. Su cuerpo no tardó en descomponerse. No hubo magia que lo salvara de la corrupción. Cuentan que el hedor era insoportable en la sala del trono, cuentan que sus mejillas se derretían y los ojos se le hundían en las cuencas. Cuentan que lo vieron colapsarse, mera carne muerta sobre huesos malolientas. Cuentan que lo último que dijo, antes de que se le cayera la mandíbula, fue:

—Miradme, no soy más que carroña. Pero ha merecido la pena. No caeré en el olvido, pertenezco a la leyenda. Pertenezco a Rocavarancolia.

También cuentan que les llevó meses ventilar la sala.

## «No me quiero ir»

—No me quiero ir —dijo el muchacho.

Lo habían encontrado en el sótano de una casa en ruinas, protegido por un sortilegio de ocultamiento.

Fue Marina quien dio con él. Olió su sangre.

—No me quiero ir —repitió, mientras miraba fijamente al ángel negro y a la vampira.

—Lo siento —dijo Hector—. Ya sabemos en qué te va a convertir la Luna Roja y no podemos consentirlo. Tienes que regresar a la Tierra.

—¿¡No queréis trasgos! —preguntó él, rabioso—. ¿Por qué no? Son fuertes. Son letales. ¡Son magníficos! Me cuesta entenderos. ¡Ha habido grandes héroes trasgos en la historia de Rocavarancolia! ¡Hasta reyes! ¿Habéis olvidado a Castel, el destructor de mundos? ¿Qué me decís de Golarra, la domadora de mantícoras? ¿O de Zuer, el Negro? ¿Los habéis olvidado? ¡Hay trasgos legendarios! ¡Nos necesitáis!

—Ahora no —dijo Hector, tajante—. Rocavarancolia no está preparada para lidiar con vuestro apetito. No podemos alimentaros.

—No quiero marcharme —insistió él

—La sientes, ¿verdad? —le preguntó Marina—. Sientes el ansia. Sientes al monstruo que llevas dentro.

—Claro que lo siento —gruñó él—. Y puedo controlarlo. ¿Tan débil me crees? Yo gobierno mi monstruo de igual manera que tú dominas el tuyo.

—Hemos encontrado a Muriel —dijo Hector—. Lo que queda de ella, al menos. No se ahogó en la bahía, como nos hiciste creer. Ni la devoraron las sirenas. Fuiste tú. La llevaste a una cueva en las montañas, le abriste la cabeza con una roca y te alimentaste.

El joven sonrió. Y su sonrisa era la sonrisa de un animal voraz.

—Para dominar al monstruo tienes que conocerlo primero —declaró.

Dos días después abandonó Rocavarancolia. Le borraron la memoria y olvidó el tiempo vivido en aquel mundo.

Durante toda su vida soñó con una ciudad imposible.

Durante toda su vida tuvo hambre.

## La Luna Roja

Y llegó la Luna Roja, la primera desde que Hurza y Harex fueron derrotados. La primera Luna Roja de Andras Sula, de dama Sedalar, de Roja, de Hector y Marina.

Al principio fue un punto rojo diminuto mal clavado en las alturas. Poco a poco creció y maduró hasta hacerse plena en el cielo. Su luz cambiante se extendió como un manto de sangre sobre Rocavarancolia.

La primera cosecha de Andras Sula se preparó para recibirla. Unos en soledad, otros en grupo. La Luna Roja llegaba y ya nada sería igual.

Haruto Abe la aguardó en una plaza en ruinas. En la Tierra había sido un joven débil y enfermizo, pero Rocavarancolia había cambiado eso ya. La transformación se inició sin previo aviso. Cayó al suelo, doblado por un dolor tan intenso que pensó que su esqueleto ardía. Creyó morir. Cuando el dolor pasó, Haruto Abe se levantó despacio. El joven, frágil en otro tiempo, se había convertido en un gigante de tres metros. Flexionó sus nuevos músculos. Para probar su fuerza cogió una roca y la apretó en su puño. Se hizo arena.

Pronto lo conocerían como Montaña.

Trevor Curtis aguardó a la luna en el cementerio. Le pareció lo más apropiado, a pesar de la algarabía de los muertos.

—¿Dolerá? —preguntó.

—No —respondió Marina, vestida por completo de negro—. El cambio al menos no. Te dolerá la sed, el ansia y el vacío. Pero eso será después.

Trevor no tuvo oportunidad de decir nada más. Su corazón se paró y murió la muerte que no es muerte. Quedó sumido en un sueño sangriento, una pesadilla roja que duraría tres días. Al despertar, el ansia, la monstruosa sed del vampiro, despertaría con él.

Como muchos cosechados, él también cambiaría su nombre.

—Trevor Curtis murió con la Luna Roja —diría siempre—. Y entonces nació yo: Árido.

Y la Luna Roja prosiguió su viaje por los cielos de Rocavarancolia, magnífica y espléndida.

Única.

Unos esperaban en grupos, otros en solitario.

Por una de las calles de la ciudad caminaba Miranda, con la vista fija en el cielo. Era una joven alta, de ojos claros. Siempre había sido de una timidez extrema y eso no había cambiado en Rocavarancolia. Al contrario. La Luna Roja la cambió a medio paso. Fue una mutación veloz. Miranda se miró las manos y no las pudo ver. Era liviana como aire. Era invisible.

Se dio a sí misma el nombre de dama Velada. Y en Rocavarancolia nadie volvió a verla jamás.

En el torreón Margalar también esperaban la magia de la luna. La mayor parte de la cosecha estaba reunida en uno de los aposentos comunales. Roja aguardaba junto a ellos. De cuando en cuando se acariciaba el medallón que llevaba al cuello. Aquel lugar le traía muchos recuerdos.

—Ya llega —dijo Galera, una joven de piel aceituna de un mundo lejano—. La Luna Roja me hierve en la sangre. ¡Me quema! ¡Me quema!

—Ya llega —dijo Hugo, un joven negro, con la voz estrangulada.

—No es momento de tener miedo —les dijo Roja—. Además ¿por qué tenerlo? Este es el día señalado. La noche perfecta. Ahora dejáis atrás vuestras viejas pieles. Ahora Rocavarancolia os reconocerá como suyos. Seréis vampiros y brujos. Magos, ángeles guerreros y bestias. Seréis prodigios y milagros. Seréis héroes y, tal vez, villanos. Seréis nuestro futuro.

»Seréis lo que ya sois: nuestros hermanos.

## Se llamaba Yaira

Llegó con la primera cosecha de Andras Sula. Una joven de pelo color ceniza y ojos pizarra. Se llamaba Yaira.

Durante toda su vida había convivido con el dolor. En su cabeza estallaban bombas a diario, eran explosiones de agonía pura y fría. Sus padres la llevaron a mil especialistas. Y todos le dieron la misma respuesta: no había nada malo en ella. Pero las explosiones continuaban, terribles e implacables. La medicaron con un sinnfín de fármacos, pero ninguno consiguió aliviarla.

Hasta la noche en que llegó Andras Sula.

—No hay ciencia que cure lo que te pasa —le aseguró el piro-mante—. Eres mágica. Como yo.

Y fue con él a Rocavarancolia. Y el dolor se fue con ella. Aunque lograron contenerlo con hechizos este siguió allí, aovillado en su cabeza.

—Serás una bruja cuando salga la luna —le dijo Roja, otra de las habitantes de la ciudad—. Y lo que te dará tu poder también te hará débil.

La Luna Roja se encontró a Yaira gritando en la calle, con las manos en la cabeza.

El dolor ya no era dolor. Eran palabras y alaridos. Eran voces. Eran millones de pensamientos ajenos que se le habían ido colando en el cerebro a lo largo de toda su vida. Cayó al suelo, desgarrada por ese griterío ensordecedor. Y justo cuando creía morir, se hizo el silencio.

Yaira se levantó despacio. El dolor y los alaridos se habían esfumado. Por fin estaba sola en su cabeza. La tormenta había pasado.

—¿Ya sabes lo que eres? —le preguntó Roja más tarde.

Yaira no necesitó hablar para responderle:

«Lo sé», proyectó en su mente.

## Roto

Se llamaba Angus Lange y llegó a Rocavarancolia con la primera cosecha de Andras Sula. Era un joven pequeño y consumido, de



ojos apagados y pelo rubio corto. Miraba a su alrededor con temor constante, como si la vida fuera una trampa de la que no podía escapar.

Nació en la Tierra y antes de cumplir tres meses, su padre le rompió dos costillas de un solo golpe. «No dejaba de llorar, daba igual lo que hiciéramos —fue su excusa—. ¡Lo único que hacía era llorar y llorar!». Y su mujer asintió, como si esa explicación bastara para explicar el comportamiento bárbaro de su esposo. Ante tanta tropelía los servicios sociales no tuvieron más alternativa que quitarles a su hijo. A los pocos días, Angus estaba ya en una casa de acogida, en brazos de una pareja joven que decía adorar a los niños. Regresó al hospital solo un mes más tarde, con contusiones en la cara y en el pecho. «¡No paraba de mirarnos! ¡No dejaba de mirarnos y reírse! ¡Como si fuéramos una broma! ¡Como si nos tomara por estúpidos!», dijo la mujer, fuera de sí por completo.

Angus Lange causaba ese efecto. Generaba una antipatía que poco a poco se convertía en odio visceral. Las palizas fueron continuas a lo largo de su vida en la Tierra. A veces intentaba defenderse, pero era débil y torpe y sus intentos de devolver los golpes lo único que lograban era enfurecer aún más a sus agresores. Se volvió huraño y solitario, esquivaba a la gente, aprendió a temerla. Rodó de institución en institución, de casa de acogida en casa de acogida e ineludiblemente siempre sucedía lo mismo: alguien, tarde o temprano, lo molía a golpes. Un día, mientras estaba sentado en un banco del parque, un anciano se acercó a él y, sin mediar palabra, lo golpeó varias veces con su bastón. Otra tarde un niño pequeño, de no más de cuatro años, le saltó encima y comenzó a arañarlo y morderlo con saña. Al tratar de defenderse, los transeúntes la tomaron con él. De no haber conseguido huir, lo habrían linchado allí mismo. A causa de las palizas continuas había perdido prácticamente la visión del ojo derecho y cojeaba de manera ostensible. Su cuerpo siempre era un muestrario de hematomas y contusiones.

Poco después de cumplir los quince años, huyó de la última casa de acogida. Nadie se molestó en buscarlo. Angus se deslizó en las sombras de la ciudad y se convirtió en vagabundo. Evitaba a la gente

en la medida de lo posible, pero era rara la semana en la que alguien no lo golpeaba. Una noche de septiembre escapó por los pelos de un grupo de cabezas rapadas que pretendían quemarlo vivo.

Sabía que solo era cuestión de tiempo que alguien le propinara la paliza definitiva y que un golpe mal dado lo arrojara de bruces a la tumba. Estaba convencido de que su suerte no iba a cambiar. Pero lo hizo: la última noche de octubre, en mitad de una tormenta, se vio rodeado de pájaros de fuego. Y llegó Andras Sula y le contó una historia descabellada en la que creyó con todas las fuerzas que le quedaban.

—¿Esto seré? —preguntó Angus mientras contemplaba la imagen que le mostraba el espejo que le había tendido el piromante—. ¿Esto seré si voy contigo a tu ciudad mágica? ¿Un guerrero? —En el espejo se veía a alguien enorme, embutido en una armadura colosal. Aquella figura exudaba fuerza y poder.

—No voy a mentirte, el espejo no es todo lo fiable que nos gustaría, pero eso que tienes ante ti, de una forma u otra, es tu futuro. Lo que te muestra eres tú tras la Luna Roja. Quizá tengas que pagar un alto precio por ello, es pronto para saberlo. De todas formas, siempre tendrás la oportunidad de volver a la Tierra cuando quieras.

—No —dijo él—. Jamás. Pase lo que pase nunca regresaré a este mundo.

En Rocavarancolia todo fue diferente. Ya no despertaba ese odio atávico en los demás, aquello había quedado atrás. Era un nuevo comienzo, una nueva oportunidad. A medida que el tiempo pasó, ganó en confianza. Y la Luna Roja y Rocavaragálago comenzaron a afectarlo. Día a día se sentía más fuerte, más ágil. La ropa se le quedaba pequeña con una celeridad pasmosa. En solo tres meses creció más de medio metro. Anticipando lo que se aproximaba aprendió el arte de la espada, y sorprendió a todos con una habilidad portentosa. En poco tiempo se convirtió en un verdadero maestro. Por primera vez en toda su vida, Angus Lange supo lo que era la felicidad. Tenía amigos y un destino glorioso en una tierra encantada. ¿Qué más podía pedir? Hasta había elegido ya el nombre

que usaría una vez se completara su cambio: se llamaría Esparta, en honor a la tierra de aquellos guerreros legendarios.

Y llegó el día, la primera noche de Luna Roja, el momento en que la transformación se aceleraba. Angus había aguardado expectante la llegada de aquel astro. Como muchos otros cosechados salió a la búsqueda de la luna por las calles de Rocavarancolia. La metamorfosis comenzó de forma súbita. Lo primero que notó fue un pinchazo en el estómago, una punzada de dolor leve. Se llevó la mano al vientre y al hacerlo algo se quebró en su codo. Intentó gritar pero su mandíbula se dislocó al abrirla. Retrocedió un paso y su tibia y su peroné se rompieron por la mitad. Cayó al suelo y buena parte de su esqueleto se hizo pedazos.

Entonces sintió el verdadero dolor, la verdadera agonía. Fue como si todos los golpes que había recibido en la Tierra no hubieran sido más que el preludio de la tortura que estaba por llegar. Ni siquiera tuvo la oportunidad de gritar, sus cuerdas vocales cedieron con el primer alarido.

Lo encontraron por la mañana, deshecho pero todavía vivo, un cuerpo que apenas era reconocible como humano. Intentaron sanarlo con hechicería, pero la magia apenas funcionaba con él, básicamente porque en cuanto un sortilegio lo curaba, volvía a romperse. Angus Lange parecía hecho de cristal.

Quisieron devolverlo a la Tierra pero él encontró fuerzas suficientes para negarse a ello. No volvería a ese mundo. Jamás. Pertenecía a Rocavarancolia.

Le prepararon una armadura capaz de contener su anatomía miserable, una armadura negra repleta de runas sanadoras, magia anclada en constante funcionamiento que reparaba los daños que sufría su cuerpo al tiempo que se producían.

Y lo llamaron Roto.

## La senda de la luna

La Luna Roja continuó su trayecto. Tardaría días en abandonar los cielos y zambullirse de nuevo en la profundidad del espacio. No solo la primera cosecha de Andras Sula sintió sus efectos, hasta el último habitante del reino sucumbió a su magia. Todos sintieron la intensa llamarada de poder que traía consigo aquel astro. Rocavarancolia también. La ciudad temblaba, febril, rabiosa.

Ismael, el niño asesino, estaba ante el torreón Margalar. Miraba sonriente hacia las alturas incendiadas. Era feliz.

Yaira se acercó a él. Las voces que la habían torturado durante tanto tiempo se habían desvanecido. La luna se las había llevado con ella.

Ismael la miró.

«Mátala —dijo la presencia que habitaba en su mente—. Mátala, mátala, mátala, ¡mátala!».

—Se te ve radiante, Yaira —dijo—. ¿Eras así de hermosa antes o ha sido cosa de la Luna Roja?

«Mátala. ¡Mátala!».

—¿Siempre has sido tan mentiroso?

—Nunca miento —mintió él—. ¿Qué te ha hecho la Luna Roja? Estás espléndida, en serio.

—Me ha dado claridad. ¡Me ha traído el silencio! ¡El mejor regalo que podía darme! Y además por fin sé quién soy —anunció—. Una mentalista. Una bruja capaz de leer pensamientos, ¿te lo puedes creer? —Se echó a reír—. ¡Soy telépata!

—¿Puedes leerme la mente? —preguntó él, perplejo.

«Mátala».

—Si quisiera podría hacerlo.

—Hazlo —le pidió Ismael.

«¡Mátala!»

—Eres mi amigo, ¡no quiero hurgar en tu cabeza!

—No tengo nada que ocultar. Hazlo, por favor. Me gustaría ver cómo funciona.

«¡MÁTALA!».

—Está bien. Tú lo has querido.

—¿Notaré algo?

—Nada. En cambio a mí me dolerá. Ese es el precio. Y dolerá más cuanto más profundo vaya.

—Ten cuidado entonces —le advirtió—. Estoy preparado, bruja telépata. Ataca cuando quieras.

Ella tomó aliento y contó hasta tres. Proyectó su mente, la impulsó a fuerza de pensamiento y entró en Ismael. Y hasta las sombras contuvieron el aliento.

El cerebro del joven estaba forjado a base de oscuridad y humo. De asesinatos cometidos y por cometer. Su cerebro era el cerebro de un loco. En los soportales de su mente había cámaras de tortura; en los sótanos, legiones de inocentes enterrados vivos. Todo era horror allí dentro. En su cabeza había asesinado a todos y cada uno de los habitantes del reino. Los había matado mil veces. Sus cadáveres colgaban allí, destripados, vacíos, simple carne de matadero.

Pero eso no fue lo que Yaira vio cuando se asomó dentro de Ismael: se encontró a un chico feliz, excitado por la llegada de la Luna Roja. Vio normalidad, luz, alegría, vértigo. Magia desbocada y emociones apenas contenidas.

Vislumbró sombras, secretos, sí, pero no fue hacia allí. Estar en una mente ajena dolía. Y, como le había dicho a él, el dolor iría a más cuanto más profundizara. Pero ¿por qué hacerlo? Había visto todo lo que necesitaba ver.

Regresó a su propio cerebro y dedicó una sonrisa a Ismael.

—Acabo de abandonar tu cabeza —le dijo.

—¿Y estaba todo en orden?

—Deberías barrer más. Hay mucho polvo ahí dentro.

—Nunca hay demasiado polvo —replicó y se echó a reír. Y su risa era tan falsa como lo era él.

Ismael retiró la capa de normalidad con la que había disfrazado su mente. Retiró la luz, la alegría y el vértigo y volvió a ser el asesino que era.

—Ahora es mi turno de ver de lo que eres capaz —dijo ella—.

Te toca.

Él no comprendió de entrada lo que le pedía. ¿Quería morir?

«¡MÁTALA!».

Luego lo vio claro.

Y cambió. Dejó de ser de carne y hueso y se convirtió en un muñeco humano, hecho de cuerdas blancas anudadas entre sí. Y volvió a cambiar. Se convirtió en ella, en una réplica perfecta de Yaira.

La joven lo miró con una sonrisa.

—Un cambiante —dijo.

—Un cambiante —dijo él.

«Y me llamaré Tifón. Y tarde o temprano arrasaré esta ciudad. Tarde o temprano os mataré a todos».







## Otros libros del autor

### **Infantil / middle-grade**

*Castillo fantasma* (Ed. Hidra)

*El día del dragón* (con Gabriella Campbell, Naufragio de Letras)

*¡Eres un supervillano!* (Ed. Hidra)

*La noche del espectro* (con Gabriella Campbell, Naufragio de Letras)

### **Juvenil**

*La cosecha de Samhein* (edición independiente)

*Los hijos de las tinieblas* (edición independiente)

*La sombra de la luna* (edición independiente)

*El fin de los sueños* (con Gabriella Campbell, Plataforma Neo)

*La canción secreta del mundo* (Ed. Hidra) - Universo Entre Líneas

*La casa de la Colina Negra* (Alfaguara) - Universo Entre Líneas

*La deriva* (Editorial SM)

### **Adulto**

*Crónicas del fin* (con Gabriella Campbell, Alethé).

*Las fuentes perdidas* (Alianza) - Universo Entre Líneas

*Las puertas del infinito* (con Víctor Conde, Fantasy)

*Mala racha* (Apache Libros)

*Lilith, el juicio de la Gorgona y la Sonrisa de Salgari* (Edición independiente) - Universo Entre Líneas



